



LA MISIÓN DEL MOVIMIENTO FAMILIAR CRISTIANO

Por Héctor y Margarita Lana

El Movimiento Familiar Cristiano procura conocer, vivir y difundir los fines y riquezas naturales y sobrenaturales del matrimonio cristiano, para la defensa de su unidad indisoluble. Sus miembros deben promover: El cultivo de espiritualidad laical, conyugal, familiar y apostólica; La intensificación de la vida comunitaria; La práctica del apostolado familiar y a defensa de la vida desde su concepción hasta la muerte natural.

Los laicos asumen la responsabilidad de su dirección "guardada la debida relación con la autoridad eclesiástica", sumergidos en el mundo como fermento de sal, levadura de Dios para transformarlo desde adentro.

El Movimiento Familiar Cristiano se concibe como un Movimiento de familias, donde cada uno de sus integrantes, como matrimonios, novios, jóvenes, personas viudas, personas separadas fieles al vínculo o personas solteras, son testimonios vigentes de la pequeña iglesia, la iglesia doméstica.

El M.F.C. abarca a la familia toda: Jóvenes que se forman para la vida, novios que se forman para el matrimonio, matrimonios que se forman para ser auténticas expresiones de esa iglesia doméstica. viudos que testimonian la vigencia de los lazos de amor que son más fuertes que la muerte, separados que fieles al vínculo son testimonios en su comunidad y personas solteras a quienes el Señor les tiene asignado un lugar en el seno de la familia, de la sociedad y en la iglesia.

Es un movimiento evangelizador porque la familia, enriquecida con la espiritualidad propia de los hijos de Dios y entrenada para la vida comunitaria, es canal abierto para el paso del amor de Dios y la paz de su amistad hacia las demás personas o familias.

Porque la familia que practica una auténtica vida comunitaria inspirada en la fe, la esperanza y la caridad, y lo hace con genuino espíritu de pobre, ya es de por sí agente evangelizador porque su acción emana espontánea como un apostolado.



MISIONAR EN FAMILIA

Por José Rodolfo García - Punta del Agua.



Desde hace ya algunos años dedicamos a Dios de manera especial dos semanas del año para estar a Su servicio, cuando digo dedicamos me refiero a toda la familia, mi señora, nuestros 3 hijos y yo. Básicamente lo que hacemos es ayudar en todo lo que podemos al Padre Ramón Saso, quien es el sacerdote responsable de un grupo de misioneros formado por jóvenes de distintas provincias de nuestro país.

Con este grupo hemos recorrido muchas Parroquias de distintas diócesis llevando la Palabra de Nuestro Señor casa por casa, invitando a todas las personas a las distintas actividades que se realizan en la Misión: Santo Rosario, Santa. Misa, misión de niños, jóvenes y adultos.

Cada una de estas misiones nos han dejado experiencias difíciles de expresar en pocas palabras, pero creo que se pueden resumir diciendo que al final de cada una de ellas salimos fortalecidos como familia, sabiendo que no sólo nos unen lazos de sangre sino que hay algo mucho más grande que nos mantiene unidos: la Santa Misa, la Sagrada Eucaristía, la palabras Dios.

No somos por misionar dignos de ningún elogio, no hacemos nada nuevo, no hacemos otra cosa que cumplir con el mandato que el mismo Señor Jesucristo dio a sus apóstoles hace más de 2000 años. Mt. (28, 19-20)

Con motivo de la próxima Misión Diocesana, insto a todos a ayudar a nuestros sacerdotes, salir casa por casa a misionar en familia. Hoy más que nunca nuestro país y el mundo necesitan ver que vivir como "familia católica" es posible. Dejemos la tranquilidad de nuestros hogares recordando sobre todo las palabras de Nuestro Señor: "fríos o calientes, a los tibios los vomitaré de mi boca". Apc. (3, 16)

MISIÓN NAVIDEÑA DE LOS JÓVENES DE LA COMPAÑÍA DE CRISTO CRUCIFICADO



Por Lucía Tijera

Desde hace dos años, cada 23 de diciembre, los jóvenes de la Compañía de Cristo Crucificado, realizamos una misión navideña. ¿En qué consiste? Montamos un pequeño escenario en alguna de las esquinas del kilómetro cero de la ciudad. Y allí levantamos un sencillo pesebre. Es entonces cuando comienza nuestra misión, los jóvenes vestidos de pastores comenzamos a dispersarnos hacia los cuatro puntos cardinales, mientras vamos invitando a los transeúntes a participar de la representación, que en breves minutos tendrá lugar. Mientras tanto de fondo se escucha música navideña. Seguidamente, aparecen San José y la Virgen que llegan hasta el pesebre con el niñito Jesús recién nacido, mientras los pastores lo adoramos y le ofrecemos dones y danzas. La representación es breve dura unos 6 minutos.

Al término de la misma el sacerdote, que es nuestro capellán y siempre nos acompaña, Padre José Antonio Álvarez, ofrece para la adoración una imagen del niño Dios y las personas pueden acercarse a adorarlo y a recibir la bendición. Mientras los jóvenes repartimos estampas recordando el verdadero sentido de la Navidad y una oración de bendición de la mesa navideña.

Esta misión navideña, tiene como objetivo central, recordar a todos que es nuestro Señor Jesucristo el que se hace presente entre nosotros, humilde y pequeño. Y además, animados por las palabras del Papa Francisco que nos invita a salir afuera y a llevar el mensaje de la Buena Nueva a los que están más alejados. Acercarnos, así, a personas que quizás están muy indiferentes o distantes de Dios y de la Iglesia y que tal vez, en esa Navidad el único acercamiento al Señor, sea esa representación o esas palabras que escuchan en nuestro pequeño pesebre viviente.





TODOS SOMOS MISIONEROS

EXPERIENCIAS MISIONERAS DE LA DIÓCESIS





UN MISIONERO EN IRAK



El Padre Luis Montes (IVE) nació en Darregueira, provincia de Buenos Aires. Fueron siete hermanos en un hogar católico. Por su hermano José, actualmente misionero en Ucrania, conoció San Rafael cuando éste ingresó al seminario del Instituto del Verbo Encarnado. En 1988 él también sintió el llamado del Señor por lo que ingresó a la Casa de Formación de El Chañaral. En 1996 recibió el Orden Sagrado. Tiempo después otro hermano, Enrique (Quique), próximo a viajar a Egipto, también seguía sus pasos. La madre, al enviudar, decidió ingresar a las Servidoras del Señor y la Virgen de Matará (IVE), donde con 82 años aguarda para realizar sus votos perpetuos en dos años más, mientras presta servicios en el hogar Divina Providencia de Rama Caida.

El Padre Luis, una vez ordenado, solicitó ir a Tierra Santa donde permaneció seis años y medio. Luego se trasladó a Jordania y de allí a Egipto para asumir como Provincial. Al concluír esa función fue trasladado a Irak y allí permanece desde hace cuatro años. Comparte sus funciones con el sacerdote puntano Jorge Cortés.

De visita en San Rafael Caminos Diocesanos dialogó con él.

¿Cómo es la vida de un misionero consagrado en Irak?

Es fantástica porque Dios nos ha llamado a algo que es hermosísimo, nos llama a ayudar a los hombres a cercarse a él y en esos países del medio oriente donde tienen tantas dificultades, pero a su vez tantas cosas lindas, uno se enamora del lugar y no quiere irse. Yo estoy en Bagdad, la capital de Irak donde el estado islámico no ha penetrado. Donde ello ocurre cunde el terror para los cristianos porque son expulsados o asesinados.

¿Qué hace un sacerdote en un lugar donde los conflictos, incluso con atentados, son una constante?

Nosotros realizamos la pastoral como se realiza en otros países musulmanes, es decir, tenemos las actividades dentro del predio de las iglesias. Son muchas las actividades que hacemos: misas, confesiones, predicaciones, la administración de los demás sacramentos, la visita a los cristianos, tenemos niños, jóvenes, ancianos. Son todas las actividades que realiza una parroquia, con la única diferencia que no hay ceremonias fuera de los templos.

Es un desafío. Al principio se siente la impotencia de que todavía uno no maneja la lengua, pero hay muchos modos de hacer el bien. Practicar la caridad es un modo de predicar el Evangelio. Hay un caso que pasó en Yemen, unos años atrás, donde habían tres hermanas de la Caridad de la Madre Teresa de Calcuta que recibían gente que no tenían donde dormir. Un día un hombre se acercó a ellas y les pidió pasar la noche en la casa de refugiados. Al día siguiente las hermanas le dieron el desayuno y se fueron para la Misa, este hombre las siguió y las baleó por la espalda, muriendo las tres monjas. Al ser detenido en el aeropuerto la policía le preguntó por qué las mató y el dijo “porque predicaban el Evangelio”. Qué significaba para ese hombre predicar el Evangelio, el vivir la caridad.

Nosotros hacemos el bien que podemos, en la medida que nos dejan, pero Dios, a través de sus hijos, hace llegar su palabra de distintos modos a la gente.

¿Qué necesita un misionero en esos países?

Lo primero que pido es la oración, es un arma fuertísima que el mundo no la nota, pero que mueve montañas, por ejemplo, en Siria sus habitantes dan por descontado que no se realizó el ataque de Estados Unidos gracias al llamamiento del Papa a todos los cristianos del mundo. Necesitamos oraciones para que esto se termine pronto, para que los cristianos tengan fortaleza para resistir, para que Dios les de su consuelo.

También pedimos que se dé a conocer, porque mucha gente no sabe lo que está pasando y al no saber no tiene interés y al no tener interés no reza. Con el dar a conocer las cosas se hace un apostolado inmenso.

Además, siempre se necesita ayuda económica, que se puede canalizar a través de nuestro blog “amigos de Irak” o a través del facebook “amigos de Irak”. Ahora se viene el invierno, con grandes nevadas, y hay miles de personas que viven a la intemperie, debajo de los puentes, en ruinas producto de los bombardeos. Una persona donó un dólar, cuando le agradecí el gesto me dijo “disculpe Padre es muy poco pero es lo que puedo”, yo le respondí que no importa, porque con un dólar yo compro un litro de leche y con eso le doy leche un día a varios chicos. Si todos colaboraran, aunque sea con un dólar, la realidad de la gente que necesita para sobrevivir sería muy distinta.

Dios me ha elegido, nos ha elegido a los que pertenecemos a la Iglesia, para que compartamos nuestra fe, el hombre es libre de aceptarla o no, pero los cristianos no tenemos la libertad de quedárnosla para nosotros, tenemos que presentarla, el que tiene esa riqueza tiene que compartirla.

Nosotros colaboramos con la paz cuando vivimos la caridad con la gente que nos rodea, a todos les pido que hagan un esfuerzo para que haya más paz en su corazón, que haya más paz con Dios y con el prójimo. El que vive la paz construye la civilización de la paz.



TODOS SOMOS MISIONEROS

Por el Pbro. Guillermo Cambiasso

«VAYAN, Y HAGAN QUE TODOS LOS PUEBLOS SEAN MIS DISCÍPULOS» (MT 28, 19)



Si nosotros leemos con atención el Nuevo Testamento, en las traducciones que nos ofrecen, por ejemplo, la Biblia del Pueblo de Dios (que es la versión argentina de la Biblia y base de nuestros leccionarios, que usamos en la Santa Misa y que se encuentra en el sitio del Vaticano: vatican.va) o la Biblia de Jerusalén (que es la versión española realizada por la Escuela Bíblica de Jerusalén) descubrimos que el vocablo "misión" o similares, prácticamente se utilizan muy poco; es más, no se refieren específicamente a ninguna palabra griega, que tenga ese significado. Sin embargo, la realidad al cual este vocablo hace referencia, se halla en numerosos textos. ¿Cómo entender esto?

Para comprender tomemos como punto de partida una palabra por todos conocida: *Misa*; que se refiere a la celebración Eucarística que participamos todos los domingos (y si podemos, otros días). ¿De donde procede esta palabra? Su origen es fácil: de aquello que dice el sacerdote (en latín) al finalizar la *Misa*: "*Ite, missa est*"; frase que nuestro Misal traduce: "*Pueden ir en paz*". Justamente la palabra latina "*missa*" viene del verbo "enviar". "*Pueden ir en paz*" significa que, en paz, se "va" hacia fuera de la Iglesia (del templo), se es *enviado* hacia el "mundo", a llevar aquello que se ha recibido en la celebración: *a Jesús*. Los fieles en cada Misa son *enviados* al "mundo" a anunciar el Evangelio que han escuchado y asimilado en la Comunión.

Por eso la realidad del "*envío*" está en muchísimas páginas del Nuevo Testamento; desde la primera misión apostólica, al Antiguo Pueblo de Dios: "*Jesús convocó a sus doce discípulos y les dio el poder de expulsar a los espíritus impuros y de curar cualquier enfermedad o dolencia. A estos Doce, Jesús* ***los envió*** *con las siguientes instrucciones: «No vayan a regiones paganas, ni entren en ninguna ciudad de los samaritanos.* ***Vayan****, en cambio, a las ovejas perdidas del pueblo de Israel. Por el camino, proclamen que el Reino de los Cielos está cerca. Curen a los enfermos, resuciten a los muertos, purifiquen a los leprosos, expulsen a los demonios. Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente. No lleven encima oro ni plata, ni monedas, ni provisiones para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón; porque el que trabaja merece su sustento*" (Mt 10, 1, 5-10); hasta la misión universal a toda la tierra, que realiza todo el Nuevo Pueblo de Dios que es la Iglesia: "*Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, se postraron delante de el; sin embargo, algunos todavía dudaron. Acercándose, Jesús les dijo: «Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra.* ***Vayan****, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo»*" (Mt 28, 17-20).

Advirtamos como en estos dos textos se indican dos aspectos de la "misión" que debemos realizar: El primero, hacia aquellos que ya pertenecen al Pueblo de Dios por el bautismo y que sin embargo, solamente han recibido el bautismo y (a veces) la primera comunión, y que en pocos casos, los otros sacramentos. Son las "*las ovejas perdidas*" de la Iglesia, a las cuales debemos llevar el Evangelio en plenitud, curando sus enfermedades, sus dolencias, sus males (materiales y espirituales). El segundo, hacia aquellos que no han conocido a Cristo, que no han recibido la gracia de Dios; en este sentido, hay que tomar conciencia que cada vez hay más personas que se hallan en esta situación, que no han tenido ninguna formación religiosa, que no conocen la salvación. Jesús es bien claro, quiere que todos sean sus discípulos, que reciban el bautismo "en *el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*", y que aprendan a vivir según aquello que Él nos ha enseñado.

¿Por qué debemos "misionar"? Porque nos dice Jesús: *«Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra… Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo»*". Esta es la razón por la que no tenemos que tener miedo de ir al "mundo"; esta es la esperanza de que todo lo que hagamos va a tener sus frutos, aunque nosotros no lleguemos a ver esos frutos, en esta vida; ya que algunos siembran y otros cosecharán. Como los Apóstoles que hace dos mil años sembraron el Evangelio y ahora, desde el cielo ven los frutos de una Iglesia extendida por toda la tierra, que el poder de los Infiernos no podrá vencer, como le dijo Jesús al primer Papa (Cf. Mt 16, 18).





INVITAR PARA LA FIESTA

Por Pbro. Héctor Albarracín

Con gran pedagogía, a través de muchos símbolos e imágenes, Nuestro Señor Jesucristo nos enseña acerca de las realidades de nuestra fe, de ese mundo invisible que nos rodea y que es tan o más real que el mundo visible y pasajero. Una de ellas es comparar este "Reino de los cielos" con un banquete, con una fiesta.(Cfr. Mateo 22, 1-14). De este modo podemos decir que la fe, el amor de Dios, su providencia, sus sacramentos, sus mandamientos, su Iglesia, el Cielo, todo ese "mundo" visible e invisible es como una fiesta a la cual estamos invitados a participar.



¿Qué significa que es una fiesta?, una fiesta es algo alegre, atractivo y familiar; no es lógico que alguien esté triste en una fiesta, o que tenga que ir "obligado", o que sólo disfrute de modo solitario.

Si bien no siempre estamos con igual ánimo, el hecho de ir a Misa (que es un verdadero "Banquete" en el cual recibimos el alimento de nuestra alma: Jesús en la Eucaristía), confesarnos, ayudar a nuestro prójimo, cumplir los mandamientos, rezar, etc, no debería ser - de modo habitual- un cúmulo de "obligaciones" más o menos aburridas, sino un verdadero placer para el alma, algo que hacemos movidos por el "apetito"y el "deseo". Esa es la lógica de entender que la vida cristiana es un llamado a participar de una fiesta: algo profundamente alegre, atractivo y familiar.

No sólo fuimos invitados sino que también tenemos que invitar. Es la misma lógica: si verdaderamente disfrutamos de la fiesta, si la fe nos llena la vida, entonces - y solo entonces- vamos a salir a invitar con ganas para que otros también participen.

¿De qué modo invitar?

Si realmente participamos de ese banquete encontraremos muchas ocasiones para invitar a los demás, algunas pueden ser programadas (una "misión" barrial), otras cotidianas (en la familia, en el trabajo), otras circunstanciales.

¿Por qué invitar?

Porque fuimos invitados y queremos compartir nuestra alegría y fortaleza de vivir la fe; porque vemos un mundo hambriento de Dios, hambriento de la paz y felicidad que "solo Dios" puede dar; y vemos también a un Dios hambriento del mundo, hambriento de la confianza en su perdón, de la gratitud por su amor. ¿Se puede desear más la felicidad del infeliz que el mismo infeliz?, ¿se puede buscar más la salud del enfermo que el mismo enfermo? ¿existe un amor que mueva a obrar así?, ¡así es el amor de Dios por nosotros!.

¿Con quienes nos vamos a encontrar?

La parábola del banquete, que nos sirve de marco para esta reflexión, habla de varios tipos de respuesta a la invitación:

Lamentablemente nos vamos a encontrar con algunos que por diversas circunstancias, más o menos culpables, no quieren o no desean ir al banquete y que van a poner mil excusas o nos van a "matar con su indiferencia"; inclusive algunos se van a burlar o nos van a perseguir porque con nuestra actitud les reprochamos su modo de vivir alejado de Dios; con toda paciencia y humildad también hay que invitarlos porque hay que sembrar esta semilla aunque no recojamos sus frutos, el tiempo dirá cuándo ha de germinar.

También nos vamos a encontrar con personas que nadie había invitado y que estaban deseosas de "acercarse"; o con los que ya participan de la fiesta y nos entusiasmen con verdaderos ejemplos de amor a Dios y al prójimo.

Dios ha querido que le "ayudemos" con las invitaciones; El mismo será quien "reciba y atienda" a cada uno de los invitados. El es el dueño de la fiesta y también el homenajeado, nuestra mayor dignidad consiste en haber sido invitados... y en invitar...